

Amanecía un lluvioso día en la costa gallega. El sol despuntaba en el horizonte e iluminaba una mole de tuberías, chimeneas y torres junto al mar. Un día más en Alcoa se empezaba a sentir el hervidero de gente que hacía posible continuar el proceso productivo de la Alúmina, preciado polvo blanco base del aluminio.

Se presentaba un día emocionante para Carolina: acompañar al jefe de equipo durante todo el día en sus labores. Después de armarse cual guerrero de todos los EPIS necesarios y obligatorios y de abrigarse bien como cada mañana para intentar combatir sin éxito la humedad y el frío se adentró en planta.

Inmersa en la rutina de mantenimiento en una aburrida mañana, de repente reciben el aviso de un correctivo urgente: al parecer una válvula presentaba una fuga y tenían que ir a repararlo de forma urgente. Sin perder un minuto, el Jefe de Equipo y la joven se adentran en la maraña de tuberías hasta llegar al punto crítico.

El jefe de equipo se dispone a reparar la válvula. Un continuo chorreo de ácido se estaba vertiendo al suelo fruto de la fuga, sin embargo y conociendo el peligro del ácido puro, ambos tomaron las precauciones necesarias.

Finalizada la intervención, Carolina se dirigió al taller. Allí almorzaban varios de sus compañeros. Después de quitarse el casco, protección auditiva, gafas y guantes, observó como sus compañeros la miraban de forma muy extraña. Finalmente el más mayor de todos ellos espetó: Niña, te has quemado la cara.

Una marea de angustia y desesperación afloró en su mente. De repente los pensamientos fluían lentos y torpes. Cara quemada, ¿Por qué? ¿Había hecho algo mal? ¡No era posible! ¡Había utilizado en todo momento y de forma correcta los EPIS necesarios! ¿Había sido acaso demasiado intrépida acercándose tanto a la válvula para aprender cómo se reparaba?

Carolina sabía que las quemaduras de ácido eran irreversibles. 27 años y la cara quemada. Unos de los peores momentos de su vida estaba ocurriendo en ese mismo instante, y lo peor de todo era que no podía hacer nada para solucionarlo.

Pepiño, el compañero que había detectado la quemadura, la sentó en una silla y tomó su Difoterina. La Difoterina es el EPI más importante en este tipo de industrias: es una sustancia capaz de neutralizar un ácido o una base, lo cual es la única herramienta a utilizar en caso de una quemadura.

Cerro los ojos y su compañero la vació el bote de Difoterina en la cara. Ya no se podía hacer más, esperar que hiciese efecto y valorar los daños...

Después de varios días en los que se miró en el espejo casi de forma continua, el enrojecimiento de la cara fue aminorando, y no existieron secuelas permanentes de quemadura.

Carolina tiene la costumbre de sacar una enseñanza positiva de cada suceso negativo que la ocurre. En este caso La Actitud Segura no supo detectar un peligro inminente que estaba presente: el vapor de ácido fue lo que quemó su cara, y si bien no fue mediante contacto directo si fue en forma gaseosa. De las malas experiencias se aprende a ser más cauto, pero nunca a tener miedo.